

LA SORPRENDENTE DESAPARICIÓN DE JOYCE HANEY



INGA VESPER

Una novela de secretos
y traiciones en el corazón
del sueño americano.

INGA VESPER

LA SORPRENDENTE
DESAPARICIÓN
DE JOYCE HANEY

Traducción de Milo J. Krmpotić

 Planeta

Título original: *The Long Long Afternoon*

© Inga Vesper, 2021

© por la traducción, Milo J. Krmpotić

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-08-24637-4

Depósito legal: B. 11.076-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

JOYCE

Ayer besé a mi marido por última vez.

Por supuesto, él no lo sabe. Aún no. De hecho, a mí misma me cuesta creerlo. Pero, al despertarme esta mañana, he sabido que era verdad.

Estoy quieta en la terraza, intentando discernir mi futuro. Ahora mismo, este parece estar compuesto en su totalidad por el aire de la mañana. Fresco y estático, pero con una promesa de calor.

Hasta ahí llega la descripción de mi futuro.

Durante los próximos cinco minutos voy a quedarme aquí fuera, bebiendo el café y admirando los colores del jardín bajo las primeras luces del día.

Oh, la de colores que hay. El verde de mayo del césped. Las baldosas de color salmón del patio. El muro blanco que rodea la casa. Los geranios de color carmesí en sus macetas de terracota. El cielo, difuso en sus bordes, como la neblina de mi cansancio mental. El azul de la piscina es tan oscuro y vívido que me entran ganas de dejarme caer y hundirme en él, y deshacerme.

Ojalá pudiera pintar este momento. Fijarlo sobre el papel antes de que se desvanezca. Pero regalé mis materiales de pintura hace mucho tiempo. En su lugar, envuelvo la

taza de café con las manos y grabo la escena en mi memoria. No volverá a haber una mañana como esta.

Los geranios necesitan agua, pero tendrán que ser pacientes. Ruby no llegará hasta la tarde, y yo estoy en el último día de mi periodo. A Frank no le gusta que riegue las plantas durante la menstruación. Los miasmas femeninos hacen que se marchiten, dice. Es mejor dejar que la asis-tenta se encargue de ello.

Yo me muestro de acuerdo con él, desde luego. Nunca le señalo que también se suele decir que los negros carecen de talento para criar nada, y que ese es el motivo por el que no tienen jardineras y sus hijos se mueren tan a menudo.

Son pensamientos oscuros, que envuelven el universo de mi cerebro y absorben toda la luz. Un Mellaril acabaría con ellos, pero no creo que vaya a necesitarlo. Aún no. Hay esperanza en la mañana, tal y como hay desesperación por la tarde. La tarde se estira como un chicle y se contrae hasta quedar en nada cuando la llenas haciendo la colada y quitando el polvo y preparando la comida y con unas niñas que no hacen más que correr de aquí para allá, siempre en peligro de caerse a la piscina.

¿Dónde estaré mañana por la mañana?

Comienzo a notar el martilleo del corazón en los oídos. Por primera vez en mi vida ignoro algo. Y, por primera vez en muchos años, anhelo la llegada de la tarde.

Quiero pintar. Después de ver al médico podría pasarme por el centro comercial para comprar algunos materiales. Eso me daría algo con lo que entretenerme mientras las niñas duermen la siesta. Un puente por encima de las horas más pegajosas del día, cuando los minutos se arras-

tran como babosas. La tarde, cuando el calor hace que los geranios se marchiten y mi mente se convierta en polvo.

En mi estómago canturrean dolores que recuerdo a medias. El de la menstruación, por supuesto. Pero hay algo más. Ideas oscuras. Galaxias de sangre.

¿Hasta dónde llegan los miasmas de mi feminidad? Imagino que forman un halo, que me enmarca como a una santa. Pero mi halo es de color rojo oscuro, no claro, y no soy ninguna santa, sino una pecadora.

Dejo el café con cuidado sobre una de las tumbonas de la piscina y cojo la regadera. El tacto del metal me provoca un hormigueo en las palmas. La primera revolución del día. Queda un poco de agua en el fondo. Me acerco sigilosa a las plantas, con el brazo estirado. Pero entonces un chillido procedente de la casa me pilla *in fraganti*. Le sigue un llanto perezoso, medianamente interesado.

Lily está despierta.

Me quedo paralizada. Debería ir hacia allí para ver a mi hija. Mi cuerpo entero ansía mitigar su llanto con un abrazo. Pero Frank me mostró un recorte de periódico en el que un tal profesor Summers decía que responder de manera inmediata podía malcriar al niño.

Y hay algo en mí que está de acuerdo con esa idea. Quiero quedarme un rato más junto a la piscina. Quiero ocuparme de los geranios antes de ir a atender a mi hija. ¿Me convierte eso en una mala madre? ¿Me convierte en algo peor de lo que ya soy?

Ignoro el llanto, vuelco un triste hilillo de agua sobre las flores y recojo el café. Me lo acabaré aquí fuera, sola, con la piscina y este cielo que refleja su color perfecto. Azul, tan azul. Verdadero y ful.

Yo y tú.

Capítulo 2

RUBY

El autobús se pone en marcha con una sacudida, se arrastra diez metros por Southern Boulevard y se detiene con un chirrido. Ruby reprime un suspiro. Hace calor. Hizo calor ayer y hará calor mañana, así que qué más da. Eso es lo que habría dicho su madre. «¿Qué más da, niña? Hace calor, así que apáñatelas. El Señor no hará cambiar el clima para que tu culito se sienta mejor.»

Hablando de lo cual, tiene el culo tan sudado que se le ha pegado al asiento de plástico. Ruby arquea la espalda y se tira de la falda hacia abajo. La tela de algodón ya está arrugada. A la señora Ingram le dará un ataque.

Maldito sea ese trabajo.

Este es un día para llevar pantalones cortos, sandalias y el cabello suelto. En cambio, le arde la cabeza por debajo de la gorrita y sus pies se están marinando dentro de las deportivas. Casi anhela las torpes zapatillas blancas que las esposas de Sunnylakes insisten en que se ponga, para así poder seguir el rastro de hasta la última molécula de polvo que haya sobre la alfombra hasta la responsable de la infracción.

Una mujer blanca de mirada perdida está sentada cerca de la parte delantera del autobús, lo más alejada posible de

Ruby. Lleva un sombrero de gran tamaño y estrecha el bolso con fuerza contra su pecho. No volverá la cabeza, así que tampoco pasa nada si Ruby se quita las deportivas un minuto.

La dulce sensación de alivio viene acompañada por un tufillo a queso.

Ruby mira el reloj, que fue un regalo de Joseph. Son las doce pasadas. Ay, Señor, lleva ya más de una hora en este autobús y tiene que estar en casa de la señora Ingram a la una, y en la de la señora Haney a las cinco.

Por fin, el autobús llega a lo más alto de la línea e inicia su descenso hacia Sunnylakes. Allí, los árboles siguen siendo pequeños, y no hacen nada para proteger la carretera del calor. Las casas pasan fugaces frente a Ruby, idénticas entre sí, rodeadas todas ellas por un césped bonito y por una bonita cerca, sus paredes adornadas por fachadas de piedra falsa. Su padre dice que las fachadas de piedra cuestan más, y que por eso todos los hombres de Sunnylakes las encargaron cuando construyeron esas casas con el dinero que habían ganado con el sudor de su frente. Póngame una fachada de piedra, señor. Que parezca una fortaleza que proteja mi propiedad contra los rojos y los japos y los negros.

Ruby se ríe por lo bajo. «Pues es demasiado tarde. Ya estoy dentro de su casa, caballero.»

Se baja en la esquina de Pine Tree Avenue con Roseview Drive y sube por el camino de acceso de la señora Ingram dejando atrás el periquito de plástico que esta ha clavado en el césped a modo de sofisticada decoración doméstica. Cuando llega frente a la puerta de color rosa, escarba debajo de una maceta para sacar la llave y la introdu-

ce en la cerradura. Cada vez que hace eso siente que se le retuercen las entrañas. Esa llave es demasiado accesible. Un día de estos alguien irrumpirá en la casa y la dejará vacía. Y entonces la señora Ingram tendrá claro a quién echarle la culpa.

Por dentro, la casa ya parece haber sido objeto de un saqueo. La señora Ingram trabaja —cosa extraña en una mujer blanca— y no tiene tiempo para limpiar, como a ella le gusta pregonar.

Ruby se pone las zapatillas y pasa el trapo y limpia y friega. La calle está en silencio. Un solo coche pasa por delante y ella se pone tensa, esperando la inevitable llegada de la señora Ingram. Pero no es hasta poco después de las cuatro cuando la puerta de entrada se abre con un chasquido y la dueña de la casa regresa. La señora Ingram pasa junto al lavabo, donde Ruby está metida hasta los codos en el inodoro, y pone cara de haberse encontrado una montañita de caca de perro sobre la alfombra.

—¿Aún sigues en el lavabo? Hoy estás lenta.

«Usted misma ha llegado tarde.» Ruby mantiene la mirada en la esponja que introduce una y otra vez en el agua.

—Buenas tardes, señora Ingram. Lo siento, mi autobús se encontró con un atasco.

—Ese autobús va por la autopista. Allí nunca hay tráfico. Ruby se muerde el labio.

—Sí, señora.

—Que no vuelva a pasar.

—No, señora.

La señora Ingram olisquea el aire.

—¿Y qué es esto? Hay algo que apesta. ¿No tienes ducha en tu casa?

«No, señora. Me lavo en una boca de incendios que hay en la calle porque soy de South Central y así es como nos lo montamos.»

—Lo siento, señora.

Por lo general, los blancos intentan olvidar lo mejor que pueden la presencia del servicio en sus casas. Pero esa tarde, después de cambiarse y refrescarse, la señora Ingram está encima de Ruby como si estuviera esperando al fotógrafo de *Grandes mansiones y jardines*. Un mal día en la oficina, supone Ruby, o quizá simplemente esté aburrida. La señora Ingram pasa un dedo por todas las superficies, recolecta pelusas invisibles y comprueba la humedad del trapo con el que Ruby está secando los lavabos.

Lo mejor es tomárselo como un juego recurriendo a los dobles sentidos. La señora Ingram se presta especialmente bien a ello. No tiene marido y se pone un montón de lápiz de labios de color rojo brillante y viste unos jerséis apretados que resaltan el perfil cónico de sus pechos.

—¿Lo estoy frotando bien, señora Ingram? —le pregunta Ruby—. ¿Quiere que lo humedezca un poco más, señora Ingram? ¿Le gustaría que lo metiera con más fuerza?

Las mujeres de Sunnyslakes nunca se acaban de espabilar. La mayoría de ellas están tan tensas que cuesta imaginar a alguien practicando sexo allí. La señora Ingram le dedica una sonrisa leve, se pasea por su casa, limpia y vivificante; se empolva la cara, limpia y tonificada, y resopla y murmura cosas entre dientes y se lamenta.

Cuando Ruby vuelve a mirar el reloj ya son casi las cinco de la tarde. Por suerte, Joyce Haney nunca cuenta los minu-

tos. Siempre está corriendo detrás de las crías, así que no tiene tiempo de correr detrás de la asistente. A veces abre una lata de refresco y le muestra a Ruby lo que ha cosido. Se ponen a hablar sobre patrones y sobre la familia y las niñas. Joyce le paga por ese rato como si hubiera estado trabajando.

A las cinco y cuarto, ordena las cosas de la limpieza y cierra la puerta de entrada. En cuanto sale al camino de acceso percibe una sacudida en la cortina. La señora Ingram la está observando.

La luz del atardecer se desliza entre los árboles en forma de filamentos dorados. Ruby estira las rodillas y hace girar los brazos. Lo peor ya ha pasado. Solo un par de horas más y estará camino de casa con tres dólares en el bolsillo.

El rugido de un motor quiebra la quietud de la calle. Un coche elegante abandona de manera atronadora el camino de acceso de los Haney, gira en la esquina y acelera en dirección a President Avenue. Es un Crestliner de colores plata y negro, con el guardabarros trasero pintado de verde. La señora Haney debe de haber tenido visita.

La casa de los Haney se encuentra ligeramente alejada de la calle principal, porque su propiedad descende hacia el lago. Allí, los árboles son más viejos y oscuros, y a Ruby no le gusta caminar entre ellos en invierno, cuando la noche acecha entre sus ramas. Los árboles de detrás de la casa fueron talados para obtener una vista limpia del lago. Pero el señor Haney ha construido una enorme cerca de madera, así que desde la casa no se ve el lago, solo unos pulcros tablones de madera blanca que el señor Haney pinta una vez al año, por primavera.

Ruby se detiene. El coche de Joyce está aparcado en lo alto del camino de acceso. La puerta de la casa está cerrada, las flores plantadas a lado y lado se marchitan bajo el sol.

Algo no va bien. La sensación viene acompañada de un hormigueo en el estómago.

Ruby presta atención. Las ventanas están abiertas para permitir el paso de la brisa, pero nada se mueve al otro lado de las cortinas. No hay ollas que choquen entre sí, no hay gritos infantiles, no se oye la cháchara de la radio procedente de la ventana del salón.

Capta un movimiento con el rabillo del ojo. Ruby gira sobre sí misma y ve un destello de color que danza entre los árboles. La brisa se cuele por su falda y hace que un escalofrío le suba por la espalda. Cierra los puños y se obliga a respirar para mantener la calma.

—¿Hola? ¿Quién hay ahí?

La cabeza de una niña asoma al otro lado de un tronco. Su cabello rubio se eriza sobre unos ojos grandes y azules y muy húmedos. Es la hija de Joyce. Bárbara.

Ruby se arrodilla, nota la suavidad de las agujas de pino bajo las piernas. Abre los brazos.

—Ven, Bárbara. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Estoy esperando.

—¿Esperando a quién, bebé?

—A la mamá de Joanie.

Ruby tarda un momento en recordar que la mamá de Joanie es la señora Kettering, la familia que vive dos casas más allá. Bárbara y Joanie son amigas del alma.

—Ven aquí —dice Ruby—. Es hora de entrar en casa.

—He prometido que la esperaré.

—Bueno, la mamá de Joanie no ha venido, así que deberías entrar.

—No quiero.

—Pero es casi la hora de cenar.

—No.

Hay algo en los ojos de la niña que hace que a Ruby le tiemblen las manos. Bárbara lanza miradas hacia la casa como si allí dentro estuviera el Hombre del Saco o hubiera un dragón.

—Bárbara, ¿dónde está tu mami?

—Me ha dicho que esperara.

—¿Y si vamos a verla?

Bárbara baja la vista.

—Lo han ensuciado todo, Jubi.

—Bueno, ya estoy aquí para limpiarlo. Vamos, bebé.

Bárbara se despega del árbol y toma la mano de Ruby. Se dirigen juntas hacia la casa. La niña tiene la mano caliente. Sus uñitas se clavan en la palma de Ruby.

Ruby llama al timbre. No hay respuesta, pero dentro de la casa Lily comienza a llorar.

—¿Señora Haney? —grita Ruby—. Joyce.

Vuelve a llamar. El hormigueo de su estómago se arrastra hacia su pecho. La manera en la que llora el bebé... Es un llanto rasgado y falto de esperanza, como si pensara que nadie va a acudir a él.

Ruby mete la mano debajo del águila de porcelana que hay junto a la puerta en busca de la llave de repuesto y abre. El vestíbulo está ordenado y hay flores frescas en el aparador. La casa de los Haney dispone de un entresuelo, término que tuvo que buscar después de su primer día allí. Significa que las habitaciones están al final de un tramo de escaleras, igual que el baño principal.

Oye el llanto de Lily, procedente de su habitación.

La moqueta de color lavanda amortigua sus pasos. Sube las escaleras de dos en dos y se dirige hacia la puerta de la habitación del bebé. Tira de ella para abrirla. Lily está sentada en la cama, con los ojos arrasados por las lágrimas, la cara enrojecida y una expresión cansada. El cuarto apesta. El pañal de la niña está empapado. Se ha desbordado y le ha manchado el mono.

Ruby levanta a Lily y le desabrocha la ropa, pero ella grita aún más fuerte y comienza a darle patadas. Al soltarse, el pañal cae con una oleada de hedor. Ruby lo aparta hacia un lado y limpia a Lily con un trapo. Está abrochando un pañal nuevo cuando Bárbara entra y se sienta en el suelo. Le tiemblan los labios y sus ojos están llenos de lágrimas.

—Bárbara, bebé, ¿qué sucede? —Ruby intenta que Lily se ponga en pie, pero la niña le golpea en el pecho—. ¿Dónde está tu mamá?

—No están aquí —dice Bárbara—. Lo han ensuciado todo.

Ruby frunce el ceño e intenta pensar. Quizá Joyce haya tenido una emergencia. Quizá la haya llamado una amiga y haya tenido que salir. Quizá se olvidó de comprar las chuletas de cerdo para la cena. Pero su coche está en el camino de acceso, así que dónde...

Lo mejor será que se marche. Algo va mal, pero no es su problema. Además, si el señor Haney regresa y se encuentra a sus hijas solas con la asistenta, le va a dar un infarto.

—Escucha, Bárbara —le dice—. Voy a llamar a la señora Kettering y pedirle que venga. Ella cuidará de vosotras hasta que tu mamá vuelva, ¿de acuerdo?

Bárbara no contesta.

—¿Vienes al piso de abajo conmigo, bebé?

Bárbara niega con la cabeza.

—Bueno.

Ruby apoya a Lily contra la cadera. Se siente rara estando sola en la casa, y ahora tiene la seguridad de que es así. En el vestíbulo, levanta el auricular y se pone a pasar las páginas de la pequeña agenda telefónica de cantos dorados hasta que llega a la K.

Un rato después, aunque no recuerda que Bárbara haya pasado a su lado, la niña aparece de repente en la puerta de la cocina. Meneando la barbilla, con los ojos llenos de terror, extiende una mano manchada.

—Jubi —le dice—, no me la puedo limpiar.

—No te preocupes, bebé. —Ruby se pasa a Lily a la otra cadera y recibe una patada en el vientre como recompensa por sus esfuerzos—. Ya lo hago yo.

Entonces ve las manos de Bárbara y el suelo se desplaza bajo sus pies, lo que la deja en caída libre. Las palmas de la niña están embadurnadas de rojo.

De sangre.

Tira de Bárbara para apartarla de su camino y abre la puerta de la cocina.

Hay sangre por el suelo. Sangre y toallas de papel y un trapo arrugado y empapado en un líquido carmesí. La luz del sol atraviesa las cortinas y dibuja margaritas fantasmales sobre los azulejos. También hay sangre en ellos, corrida y pegajosa, espantosa como la lengua del diablo.

Ruby aprieta a Lily contra su pecho y chilla tan fuerte como puede.